

1 ASAMBLEA NACIONAL DE TECNICOS DE A.C.

Ponencia

EL SACERDOTE Y EL TECNICO Y SU RESPECTIVA MISION EN LA
PROMOCION DE LAS OBRAS DE ASISTENCIA SOCIAL

EL SACERDOTE Y EL TECNICO Y SU RESPECTIVA MISION EN LA PROMOCION DE LAS OBRAS DE ASISTENCIA SOCIAL

Para mayor claridad vamos a desglosar el tema en los siguientes puntos:

- 1.-El sacerdote y el trabajador.
- 2.-El técnico y el trabajador.
- 3.-Relaciones mutuas del sacerdote y del técnico.
- 4.-Las obras de asistencia social.
- 5.-Presencia y actuación del sacerdote, y del técnico en estas obras.
- 6.-Una experiencia.
- 7.-Conclusiones.

**** ****

Vamos a abordar el primer punto: el sacerdote y el trabajador. Este punto se presta a consideraciones desde diversos aspectos. Aquí nos interesa la forma de llegar ambos a establecer el contacto mutuo, indispensable para que se conozcan y se asistan mutuamente. El sacerdote y el trabajador están divorciados y continuarán divorciados si el primero no sale del recinto del templo o centro parroquial y el segundo no cambia su mentalidad. Es verdad que una asistencia celosa a los enfermos y a los necesitados puede ampliar la esfera de influencia del sacerdote, pero no dejaremos de reconocer que no llegará hasta donde hace falta y que su acción será ^{un poco} esporádica. Las circunstancias y los problemas de hoy requieren una presencia más activa del sacerdote como tal en el mundo del trabajo para que éste llegue a impregnarse del auténtico espíritu cristiano.

Indudablemente ha sido el deseo de asegurar una presencia más activa lo que ha inspirado algunos ensayos verdaderamente audaces entre los sacerdotes preocupados de la evangelización de los trabajadores en otros países, como el de los sacerdotes obreros en Francia. Estas noticias han sido acogidas con verdadera simpatía por nuestros trabajadores sanos, considerando este gesto como indicio de una comprensión creciente de sus problemas de parte de la Iglesia.

Hoy los templos y los centros parroquiales no son los lugares de concurrencia de las masas trabajadoras. No les podemos ganar para Cristo sin salir de los mismos. Si los queremos encontrar hay que buscarlos en las fábricas, en los barrios o en sus centros de esparcimiento y ocio. Los sacerdotes que quieren aproximarse a ellos tienen que convivir con ellos en alguno de esos puntos. Es en esos lugares donde cabe un contacto espontáneo y natural, ya que el encuentro impuesto u obligado hace que se cierren las almas y sea escurridiza toda acción. Tal vez los sacerdotes seguimos siendo unos seres un poco extraños en los barrios o núcleos de población trabajadora o en sus centros de esparcimiento. Ganaríamos mucho con hacernos más visibles en estos sitios aunque para ello fuera preciso abandonar otros escenarios. Indudablemente la Iglesia no perdería nada porque fuera más nuestra presencia donde hoy tal vez se prodiga.

La simple presencia física no resuelve el problema del apostolado cristiano si no va acompañada de una sincera e intensa convivencia social y verdadera compenetración espiritual. Esta convivencia y penetración requieren en el sacerdote una sensibilidad suficiente, no ya para comprender, si no hasta para intuir los problemas e inquietudes del trabajador. El sacerdote consagrado al apostolado entre los trabajadores necesita tener una información minuciosa de todos los pequeños y grandes problemas, individuales y sociales de sus trabajadores a fin de poder compartir sus angustias y sus alegrías y asistirlos mejor en todo lo que esté a su alcance. De aquí brotará una corriente de simpatía mutua y se iniciará un acercamiento sincero. Para esto el sacerdote tiene que estar situado de forma que tenga acceso fácil a los trabajadores y a sus familias y que a su vez, éstos puedan encontrarle, como quien dice, a su paso. No es éste el momento y lugar para ocuparnos del tacto y el espíritu que ha de tener el sacerdote en su trato con los trabajadores.

Presupuesta la necesidad de establecer el contacto mutuo en unas condiciones de espontaneidad y libertad, único clima en que cabe cultivar y lograr una amistad influyente y beneficiosa, añadiremos que a este objeto (continúa)

...no constituye un lugar propicio la fábrica misma ni es la posición ideal para el sacerdote la de capellán de fábrica. Las conferencias de las charlas o sacerdotes deambulantes por las naves de la fábrica a la conquista de almas son algo que rehusan o, cuando menos, acogen con mucho recelo los trabajadores.

En estos últimos años se han hecho bastantes nombramientos de capellanes de fábrica y hoy podemos analizar los primeros resultados de esta experiencia. ¿Qué viene a ser un capellán para la Empresa que lo solicita o lo obtiene? Desde el punto de vista económico una nómina, que apenas repercute en el balance de la empresa cuando esta es de cierta consideración. Se lo llevan y se lo tienen, no precisamente para someter a su asesoramiento moral o social las cuestiones de la Dirección o Administración de la empresa sino para que ejerza su influencia entre los trabajadores: habrá veces en que se pida o se necesite el sacerdote para celebrar la Misa los días festivos en alguna nave o capilla de la fábrica, dar catecismo a los niños, organización o dirección de una biblioteca o de los ejercicios espirituales para los trabajadores, etc.. Pocas veces se verá bien su preocupación propiamente social y su trato con los trabajadores con vistas a abordar ciertos problemas que reclaman una solución.

¿Qué es el capellán a los ojos de los trabajadores? Desde el momento que le trae la empresa, que desembolsa una cantidad que se resiste a prodigar en otras cosas, aparece a los ojos de los trabajadores un poco identificado con los intereses de la empresa y envuelto en una cortina de recelo, que difícilmente se disipa. Su postura es desagradable desde el primer momento y raramente por ser más desambarazada. Son difíciles de conciliar o compaginar los intereses de la empresa y de los trabajadores. Las posiciones de ambos pueden ser sostenibles en rigurosa aplicación de principios morales y no siempre hay razones para limitar las aspiraciones de los unos ni resortes para mover a los otros. Diríamos que es este el estado permanente de relaciones entre la empresa y los trabajadores. El capellán neutral o indiferente en esta lucha es algo difícil de concibir y, desde luego, perderá la confianza de los unos o de los otros tan pronto como aparezca beligerante a favor de unos u otros. Como empleado que es de la empresa esta condenado a vivir en unas condiciones de cierta violencia en cualquier caso y no le queda más solución que abandonarse a una placentera rutina burocrática o buscar otro campo de acción donde su presencia este herizada de menos dificultades.

Para la asistencia espiritual de los trabajadores se puede adoptar otra fórmula mejor que la de capellán de fábrica. Y esta fórmula puede ser la institución de unas coadjutorías ocupadas por sacerdotes exclusivamente consagrados al apostolado en una zona o barrio en una escuela, etc., dependiendo del Párroco, sostenidos por la Iglesia en igual forma que los otros cargos eclesiásticos. Los empresarios o quienes quieran disponer de mejores servicios de asistencia espiritual se dirijan al Sr. Obispo y contribuirán a través del mismo al establecimiento de un nuevo cargo eclesiástico, cuyo titular no estará vinculando a ningún empresario y podrá desplegar su acción sin circunscribirse demasiado al ámbito de una fábrica.

En resumidas cuentas diremos que está bien que las fábricas, las escuelas, etc., estén abiertas al sacerdote, que podrá ir a las mismas (dando) cuando le plazca y en la forma que juzgare conveniente, pero la fábrica no es el centro ideal del apostolado por la falta de ambiente de libertad y al recelo de los trabajadores, que toman lo que se hace en la misma como algo sometido a cierta especie de coacción. Los capellanes de fábrica pueden ser sustituidos ventajosamente por coadjutores consagrados a determinadas zonas o actividades bajo la dependencia directa de la Iglesia.

2.-El técnico y el trabajador.

Tomaremos aquí la denominación de técnico en un sentido amplio e incluiremos en la misma a los que ocupan en la empresa un puesto de mando o responsabilidad, pudiendo considerarse como tales para nuestro objeto desde el encargado hasta los Ingenieros jefes. Dichos cargos se consideran por los trabajadores como de la confianza de la empresa. Presupuesto el antagonismo o diferencia existente entre aquélla y los trabajadores huelga decir que de ordinario las iniciativas e ideas de los técnicos se adogen con cierta reserva, máximo cuando se trata de técnicos de más categoría.

La tentación en que los técnicos están expuestos a caer es la de congraciarse con los superiores y particularmente con la dirección de la empresa, aun a costa de los intereses de sus subordinados. Conocida la posición que un técnico ocupa en la empresa será vano pretender que se erija en portavoz de los intereses de los trabajadores, aparte de que difícilmente podría ser bien acogido su patrocinio.

Qué se puede pedir y exigir al técnico, como contribución al apostolado social cristiano? Hay que pedirles que no se aislen o se alejen del trabajador, como si tuvieran que constituir otra ^{casta} casta. No hay razón de autoridad ni prestigio que valga para justificar esta separación que resulta tan perjudicial para todos. Deben vivir siempre alerta afin de que todos los anhelos de los trabajadores reciban la máxima satisfacción, al menos la que depende de la competencia del técnico, lo cual no es de poca trascendencia. Nos atrevemos a afirmar que los trabajadores no sufren menos perjuicio por la apatía o servilismo mal entendido de los técnicos que por el egoísmo o la avaricia de los mismos empresarios. Muchos conflictos no tienen más origen que la torpeza, negligencia o abandono de los técnicos, que no supieron abordarlos a tiempo.

El día que los técnicos estén animados de este celo y convivan social y espiritualmente con los trabajadores conociendo sus dificultades y sus anhelos, habremos dado un paso decisivo hacia la meta de la paz social. Es más, el día que los técnicos sientan íntimamente las justas aspiraciones de los de los trabajadores y se acerquen a las esferas responsables de la dirección de la empresa sin espíritu de adulación o medro personal, ésta no podrá resistirse a dar algunos pasos en el camino de la justicia social. Nos lamentamos de que los de arriba viven en castillos encantados y la culpa de ello tenemos los que sistemáticamente nos empeñamos en ocultar las realidades sociales en nubes de incienso y los técnicos no estamos exentos de esta responsabilidad.

El técnico debe estar animado de verdadera inquietud y espíritu social, pues es él quien en primera instancia ha de resolver muchos pequeños problemas sociales. Es él quien debe salvar el foso que separa a la dirección del mundo de los trabajadores. Debe llegar a la dirección no como simple transmisor de los deseos de los trabajadores, sino como asesor y colaborador de la misma, que lleva muchas veces esbozada la solución, y puede contribuir de esta forma a que sea más satisfactoria desde el punto de vista de justicia social. De donde se deduce que es un factor de primer orden el técnico en la aplicación de los postulados de la justicia social. Esta es la misión que compete más que la de representar o encarnar públicamente las aspiraciones o intereses de los trabajadores.

***--**

3.-Relaciones del sacerdote y del técnico.

No cabe duda que pueden complementarse mutuamente el sacerdote y el técnico en el ejercicio del apostolado entre los trabajadores. Enquistado cada uno en su posición y obstinados en mirar las cosas desde su punto de vista exclusivamente están expuestos a no valorarlas debidamente.

El sacerdote, situado en la forma que hemos indicado, puede percatarse mejor del ambiente social, entrever las posibles reacciones y registrar las convulsiones más íntimas de la masa y, por tanto, está en condiciones de aportar un concurso muy valioso a la causa de la paz social, ya que su actuación oportuna y sus inspiraciones discretas pueden contribuir eficazmente a encauzar los problemas a tiempo y debidamente.

El técnico, que tiene ante sí el panorama de una empresa, (continúa en 4)

en cuyo recinto o dentro de cuyas posibilidades han de acometerse las primeras soluciones de los problemas de los trabajadores, puede y debe contribuir con su criterio objetivo y realista a que las orientaciones del sacerdote o del apóstol social sean prudentes y acertadas, pues para que puedan calificarse de tales hace falta que no sean utópicas o puramente demagógicas.

Aun cuando los problemas rebasen el ámbito de una empresa, como ocurre de ordinario, el sacerdote sin salirse de la esfera de su competencia, tiene autoridad para abordarlos y reclamar la colaboración necesaria para solucionarlos.

Bajo otro aspecto se necesitan también el sacerdote y el técnico. El primero, todo oídos y corazón, necesita el contrapeso del segundo, más objetivo y realista, de forma que se atenuen la sensibilidad del primero al propio tiempo que se encienda algo el espíritu del segundo sin sucumbir a un practicismo fatalista o sin alma. Además el sacerdote siempre puede tener un acceso fácil e incluso cultivar una amistad menos comprometedora con el técnico que con el empresario. Su asesoramiento a través del técnico no compromete al sacerdote como podría ocurrir caso que tuviera acceso ^{directo al} organismo directivo sin que, por otra parte, pudiera asegurar un valor decisivo a su criterio, quedando solidario con disposiciones discutibles o no del todo aceptables que emanaran de aquel organismo.

El sacerdote tiene que representar o encarnar el ideal en todos los campos pero como el ideal siempre tiene algo de utópico o inasequible, hace falta que otro, que muy bien puede ser el técnico, se haga eco de aquél y trate de realizarlo en la medida que permiten las circunstancias. Tiene que ser tal espíritu del sacerdote que quepan en él todas las aspiraciones, hasta las más avanzadas que permita la doctrina social cristiana, de forma que, dado el caso, debe constituirse en su portavoz autorizado. Lo cual requiere que se encuentre en situación suficientemente desembarazada como para proclamar todas las justas aspiraciones. En este caso corresponde al técnico un papel menos brillante, menos comprometedor, pero indispensable, cual es la del realizador de los postulados ^{concretos} del ideal social. Al primero se le exigirá espíritu y desasimiento suficiente para representar dignamente el ideal y para arrostrar todos los inconvenientes que tiene en nuestros días la fidelidad a ultranza a un ideal elevado.

Así tendremos al sacerdote y al técnico en acuerdo y desacuerdo simultáneos en acuerdo en cuanto que ambos reconocen el ideal de la doctrina social cristiana; pero en desacuerdo por cuanto que el uno no desciende de las alturas del ideal y el otro tiene que ir a remolque de la realidad vulgar y pesada, que hay que procurar someter a aquélla.

--

4. Las obras de asistencia social.

Entendemos por obras de asistencia social aquellas actividades organizadas encaminadas a proporcionar al trabajador una ayuda o alivio en aquellas necesidades de carácter ^{social} ~~social~~. Así un dispensario que se pone al servicio de los trabajadores facilitando el acceso al médico o un centro educativo al que pueden acudir sus hijos sin travas económicas, podemos considerarlos como tales. Muchas de las obras de la asistencia social pueden ser verdaderos postulados de justicia social, que por tanto, son algo que se debe al trabajador. Por esta razón muchas obras de asistencia social se imponen con carácter obligatorio por el mismo Estado debiendo participar en su promoción y sostenimiento de la empresa e incluso otros organismos. Acerca de estas obras vamos a formular unas cuantas observaciones desde los puntos de vista social y apostólico. Vamos a comenzar por considerarlos desde el punto de vista social.

Todos reconocemos los peligros de una masa desorganizada e irresponsable y la urgencia de transformarla en un pueblo organizado y responsable. Para esto es necesario que cada uno o la mayoría de los componentes de la sociedad sientan el interés y la responsabilidad de algo. Aun cuando nos pareciere prematura la participación de los trabajadores en algunas gestiones que requieren mucha preparación y madurez, no les van a obtener nunca esas condiciones si los seguimos excluyendo de todo como si fueran menores de ^{edad} ~~edad~~ obligándoles a mantener una postura pasiva.

Las obras de asistencia social son para que se proporcione a los trabajadores un alivio material, pero dichas obras pueden reportarles además una satisfacción espiritual tan estimable o más que la material desde el momento en que su pensamiento, opinión o criterio se da intervención en su organización y orientación. No hay motivo para que se eluda su participación, antes bien debe contarse con la misma, si no se les quiere condenar a una oposición o pasividad inevitables.

Los trabajadores tienen, como todos los demás, un corazón sensible y su sentimiento (de dignidad queda lastimado con un excesivo paternalismo, que se empaña en admiñerarlos como menores de edad.

No cabe duda que obedecen a este deseo de conceder una satisfacción espiritual a los trabajadores algunas medidas o reformas propugnadas en los tratados de sociología cristiana, como la participación en la gestión de la empresa, que la misma legislación social española ha querido reconocer en el decreto de la creación de los jurados de empresa. Lo extraño es que antes de llegar a un ensayo tan audaz no se nos haya ocurrido hacer una experiencia dando esa misma participación en la ^{gestión} de tantas obras de asistencia social impuestas y dirigidas por el mismo Estado y con cuya dirección y orientación no están de acuerdo -y no siempre injustificadamente- muchos trabajadores y beneficiarios ^{de} las mismas obras. Encomendadas a funcionarios fácilmente privan en estas obras el brillo y aparato externos, un descuido de la utilidad y bien de los trabajadores.

Muchas veces hemos podido comprobar el mal efecto que causan muchas informaciones y propagandas de obras de asistencia social que, al no estar realizadas "socialmente", o sea, con miras al bien social y con espíritu social, sino con afanes personalistas o de etiqueta, provocan reacciones contrarias a las que se esperaban.

Las obras sociales necesitan un alma social que las informe y si bien el concurso de los funcionarios o técnicos es necesaria en las mismas, no son propiamente éstos los más indicados para imprimirles el impulso vital porque sus intereses y comodidades están demasiado vinculados a las mismas. Además es difícil de obtener una colaboración activa e interesada ^{de} los trabajadores en estas obras organizadas y encomendadas a la inspiración exclusiva de los funcionarios. Se comprende que obras de asistencia social así montadas resulten poco económicas, ya que solo a fuerza de inyecciones de dinero se pueden mantener, y no tienen la vitalidad y fecundidad necesarias para acomodarse a las sucesivas situaciones que se van planteando. Acaban fácilmente por considerarse por todos como un lastre gravoso y de poca utilidad.

Para provocar una verdadera floración de obras de asistencia auténticamente social, de instituciones vivas, bastaría muchas veces que el Estado exigiera la inversión y la justificación de determinadas cantidades garantizadas por la aceptación o reconocimiento de los trabajadores, dejando a éstos y a aquellas empresas la libertad y reservándose el Estado la inspección y la alta orientación de las mismas. Hemos comprobado que las Cajas Colaboradoras del seguro de enfermedad han sido un éxito cuando sus participantes han tenido participación en su régimen y Administración y otro tanto podría ocurrir en otros campos de asistencia social, como la enseñanza profesional, las viviendas, etc.. Dando margen a la iniciativa cundiría fácilmente un afán noble de superación en unos y otros y así estaríamos en camino para un gran desarrollo de estas obras. Un minimum de otras asistencias les estaría asegurado a todos los trabajadores, pero otros podrían disfrutar los más diligentes e interesados, que precisamente por su diligencia o interés merecerían y obtendrían un mayor apoyo. A este objeto es sumamente interesante el principio de la colaboración económica mixta de empresa y trabajador con una proporcionalidad fija y libertad de iniciativa de ambos para ir mejorando los servicios comprometiendo a la otra parte a una mayor aportación caso de realizar de su parte un sacrificio mayor. Por esta fórmula quedaría frenada la ambición desmedida y ligera de los unos y asegurado, por otra parte, un mejor desenvolvimiento y un constante perfeccionamiento de las obras.

Ya que en estas obras de asistencia social tiene tanto interés la colaboración de los interesados, debe promover estas obras todo aquél que esté en condiciones de obtener dicha colaboración, pudiendo disfrutar de dicha confianza unas veces la misma empresa, otras los sindicatos y otras entidades o personas. De todas formas es indispensable cierto clima de espontaneidad y libertad para que prosperen estas obras y maduren en instituciones vivas.

Vamos a mirarlos ahora desde el punto de vista apostólico, que es el que más propiamente nos interesa a nosotros en este momento. No basta enseñar (enseñar) o predicar la verdad. Alguien dijo que la bandera de la verdad que levanta mos en alto los cristianos es un testimonio de nuestra negligencia o apatía cual no proyectarla en la realidad. Por eso las obras deber ser una expresión y un testimonio de nuestro amor a la verdad y a la justicia y en tanto debemos emprenderlas en cuanto las exige ese amor a la verdad y a la justicia. A veces lo que nos lleva a pensar en las obras sociales no es propiamente este senti miento del bien del trabajador, un sentimiento generoso de justicia o de caridad, sino un celo un poco estrecho e interesado de la conquista de las almas, como si éstas hubiera que ganarlas con un anzuelo encubierto con carnada. El celo au téntico, el que debe sentir por las almas un apóstol, no tiene que ser una virtud en medida de otras virtudes, sino el fruto maduro, la culminación de toda una vida consagrada al servicio y bien desinteresado del prójimo. Al que primero se ha dado a sí mismo siempre se le (corresponde) corresponde y el apóstol tiene que pensar en darse primero y darse sin medida en todo aquello que puede ser beneficioso y ventajoso al trabajador. Las obras que emprenda tienen que ser un exponente de esta entrega. Este espíritu y este criterio tal vez nos exijan que dejemos para mas adelante algunas de nuestras obras preferidas y de esta forma sea necesario que antes de las escuelas surjan las viviendas o antes de los e- jercicios espirituales se les proporcione más pan a los trabajadores. No dude mos que este nuestro sacrificio inicial, el sacrificio de nuestro criterio o gus to será fecundo. Por este defecto de origen, por falta de este riego apostólico previo muchas obras pueden estar expuestas a que nunca merezcan la estima o consideración de los trabajadores e incluso pudieran provocar su repulsa gene

Otro enemigo de la autenticidad social de las obras puede ser el per-sonalismo y cierto afán de etiqueta, que de ordinario se la utiliza también pa- ra encubrir el mismo afán personalista. Nunca hay que vacilar en sacrificar la etiqueta cuando así demanda un mejor desenvolvimiento de las obras, e incluso la persona o personas que traten de promover estas obras deben saber (desplazar se discretamente cuando su relevo es conveniente y la misión que justifica su presencia puede cumplirse desde un punto secundario. Tal vez hoy estamos conta- giados por una afán de etiquetas y se prodigan demasiado algunas, que por cie- to no disfrutan justa o injustamente de mucha simpatía. Dejemos las aureolas para los santos canonizados y frenemos esa tentación, que muchas veces se fil- tra encubriendo la vanagloria personal tras la sombra de una entidad o institu- ción. Hagamos cuanto esté a nuestro alcance y bastante recompensa y satisfac- ción será por sí mismo el fomento y desarrollo de lo que ha de redundar en be- neficio del trabajador y bien de la sociedad, que Dios contabilizará y a la larga también los mismo hombres sin necesidad de mendigar nosotros ningún tes- timonio.

Somos testigos de la falta de fecundidad de algunas obras sociales acometidas a bombo y platillo, hemos visto que poca trascendencia han tenido muchas obras oficiales en orden a la conquista espiritual de las masas debido a que no están concebidas y realizadas socialmente desde el momento en que predomi- nado en ellas un afán de propaganda de conquista barata, no incurramos en los mismos tropiezos. Saturémonos de auténtico espíritu social, que si tenemos esto no tendremos inconveniente en colaborar con otros y en la realización de nues- tras obras, no seguiremos otro camino que el de esta misma colaboración ofre- ciendo una base y un estímulo a los demás para su participación. Tengamos más fe en la potencia de este espíritu y criterio social que en las habilidades de nuestra persona. Así educaremos y formaremos a los demás.

_

5.-Presencia y actuación del técnico y del sacerdote en estas obras.

Huelga decir que el sacerdote y el técnico deben poner toda su alma al ser- vicio de todas aquellas obras que sean beneficiosas para los trabajadores, pe- ro poner a su servicio todo su celo no quiere decir que deben sus cabezas visi- bles. De ordinario ocurrirá que estas obras requieren para su promoción el em- puje y entusiasmo del sacerdote y del técnico, pero renunciando éstos a ser las figuras visibles y representativas de las mismas. No vamos a establecer u- na norma demasiado general porque todo depende de las circunstancias de perso- nas, tiempo y lugar. Lo difícil es saber discernir cuando conviene tener una ac- tuación pública destacada u oculta. Para acertar en esto será conveniente que se sepan asesorarse mutuamente o se aconsejen de otras personas.

Hay mucha gente que no encuentra otro procedimiento para medrar que el de la adulación y por tanto se dedica sistemáticamente a incensar todo y a todos. El incienso fácilmente hace perder la cabeza y el sentido de la realidad. Para evitar este peligro no hay mejor remedio que no permitir su uso. Por algo se reserva Dios para su culto. De ordinario el sacerdote y el técnico están envueltos en muchos prejuicios para los trabajadores. Por eso tienen que buscar una fórmula para asegurarse su inspiración en las obras sin estorbar demasiado con su presencia al desarrollo de las mismas. Cuando se hayan desvanecido dichos prejuicios no habrá inconveniente en que asuman un papel más activo o brillante.

El sacerdote y el técnico deben actuar respaldados por una asociación entidad o grupo de personas, que sean de tal naturaleza que pueden lograr la colaboración de los trabajadores. Los puestos que les corresponden son los consiliarios y asesor respectivamente y no hay cosa que no puedan hacer desde estos puestos. Así les será fácil estar desambarazados de otras tareas burocráticas o administrativas que son engorrosas y hasta expuestas a la crítica y censura. Si ellos se reservan ser unos buenos planificadores u organizadores, no faltarán otros que desempeñen satisfactoriamente el papel de ejecutores.

El sacerdote y el técnico tenemos que ser los transmisores o portadores del espíritu y por tanto tenemos que actuar igual que el alma en el organismo humano: llegando a todas las partes, pero sin hacerse ver demasiado. Derramemos nuestro influjo benéfico sin llegar a ser absorbentes. Seamos el alma que ponga en tensión todo el organismo social. He ahí la razón de nuestra presencia y nuestra actuación en las obras sociales.

--

7.-Una experiencia.

Creemos que puede presentarse como un testimonio de lo que puede emprenderse con este espíritu y criterio de colaboración, lo que se ha logrado en un pequeño pueblo industrial de Guipúzcoa, en Mondragón, que es una villa que tiene unos dos mil quinientos trabajadores distribuidos en más de cuarenta fábricas y talleres. No vamos a tener la vana pretensión de considerar lo que se ha hecho en este pueblo como el ideal social, como la meta a que se puede y debe llegar para tener la satisfacción de haber resuelto los problemas sociales: no es así ni mucho menos: el ideal está muy lejos de alcanzarse y lo que se ha hecho es una pequeña parte de lo que debiera hacerse. Pero es indudable que algo se ha hecho y la causa de lo que se ha hecho no la vamos a buscar propiamente en unas personas, sino en el espíritu de colaboración sincera de patronos y obreros, del pueblo y de la Iglesia y podemos decir que cabe a todos la satisfacción y honor de lo que se ha hecho.

Dan idea de este espíritu los dos Montepíos de Previsión social en los que están afiliados la casi totalidad de los trabajadores, que tienen en su haber el haber establecido con anterioridad a la legislación social actual los servicios del seguro de enfermedad, clínica, etc. sobre el principio de la colaboración mixta y proporcional de la empresa y de los trabajadores bajo el régimen de administración de los mismos trabajadores.

En la misma forma y con la colaboración de todas las empresas funcionan dos escuelas de formación profesional en cuya instalación y sostenimiento se invierten anualmente más de cuatrocientos mil pesetas.

Se ha montado un Servicio Industrial Antituberculoso, que comprende un dispensario y una enfermería con quince camas, a cuyo frente están dos médicos y una enfermera religiosa y de cuyos servicios se encargan unas religiosas. Así mismo está en proyecto de próxima realización un dispensario infantil para una asistencia sanitaria y médica completa de los niños.

Han contribuido a los gastos del Servicio Industrial Antituberculoso y a los iniciales del Dispensario infantil todas las empresas y todo el pueblo.

Otros planes de más envergadura han quedado por ahora suspendidos debido a la centralización de la administración de la cuota de previsión social, cuya gestión autónoma se pidió a tiempo y con cuyo auxilio se hubieran podido llevar a cabo obras de gran envergadura, pues hubiera sido fácil disponer de otras valiosas colaboraciones voluntarias.

El problema de la vivienda, cuya solución quiso monopolizar la Obra Sindical del Hogar, ha sido la que se ha emprendido con más lentitud, pues no se ha preocupado o no ha logrado la colaboración entusiasta de otras entidades, que verdaderamente hubieran podido contribuir a una solución rápida y amplia de la misma.

Para la asistencia espiritual de los obreros se cuenta con la Obra de Ejercicios Espirituales, a cuyo establecimiento y sostenimiento contribuyen todas las empresas, hasta las más modestas, pudiendo considerar como un éxito de la misma la práctica de ejercicios espirituales en pleno retiro por mil setecientos trabajadores en el transcurso de estos años.

Para el esparcimiento y practica del deporte se ha llevado a cabo la construcción de un estadio y de un campo de fut-bol además de una magnífica piscina y la constitución de una potente asociación que tiene cerca del millar de socios lo mismo que la adquisición y acondicionamiento de un Frontón Cinema para cine y práctica del deporte de la pelota. Todo esto representa muchos cientos de miles de pesetas, de cuya inversión hoy están orgullosos las empresas y el pueblo de Mondragón.

De la próxima constitución de una Asociación para canalizar y iheromentar las colaboraciones y los esfuerzos en pro del fomento de la educación cristiana y de la cultura popular se esperan grandes frutos y en su éxito se cifran las más risueñas esperanzas.

--

Para terminar recogeremos la invitación del Papa a la acción. Hace falta pensar, reflexionar, hacer planes, pero alguna vez hay que lanzarse a realizar el go y para realizar lo primero que hace falta es verdadera voluntad de superación.

-¿ "Que hay que hacer para poner el tren en marcha?" preguntaba el Maestro en una ocasión a sus discípulos.

- "Pitar" replicó el más vivaracho. La respuesta no es tan desacertada o ingenua como pudiera parecer a un filósofo que está indagando las causas primeras siempre. En último término la decisión y la voluntad son el sacramento de todos los éxitos humanos. El tren marcha cuando se le da la salida y las obras surgen cuando hay una voluntad tenaz y decidida que las empuja.

Lo primero y lo último que nos hace falta es esta voluntad de ayudar y servir al pueblo y si hay verdadera voluntad de servir surgirán las obras sociales.

--

8.-Conclusiones

1.-El sacerdote y el técnico tendrán mucho honor el servir a la causa de la justicia social, entre cuyos postulados debemos considerar la promoción de las obras de asistencia social, en cuyo desenvolvimiento participarán a tener de la naturaleza de su respectiva representación correspondiéndoles su inspiración cristiana y la asistencia técnica mas que la dirección y la gestión, que incumbe a los mismos trabajadores interesados.

2.-El sacerdote encarna y representa el ideal y a este objeto el sacerdote es para el técnico el portavoz de la doctrina social, en cuya aplicación y realización gradual y progresiva debe apoyarle siempre el técnico dada su posición en la empresa.

3.-Para que las obras sociales sean auténticamente sociales deben estar inspiradas y organizadas socialmente, lo cual requiere que se acometa por amor a la justicia y que en su régimen tengan participación activa los trabajadores.

4.-El paternalismo social, proveniente del Estado o de otras entidades o personas, ahoga o impide el interés de los trabajadores por las obras sociales y por este camino no hay manera de transformar la masa amorfa y anárquica en pueblo organizado y responsable.

--